

**ENTREVISTAS****ENTREVISTA A MABEL MORAÑA**

*Es titular de la Cátedra William H. Gass de Artes y Ciencias en la Washington University in Saint Louis, en donde imparte cursos sobre una amplia variedad de temas, desde los estudios virreinales hasta la actualidad, centrándose en el barroco, el nacionalismo y la modernidad. Es especialista en crítica y teoría culturales, narrativa latinoamericana contemporánea, estudios poscoloniales, historia intelectual, género y violencia, entre otros. Es autora de más de una veintena de libros, algunos de ellos son Pensar el cuerpo (2021), Líneas de fuga (2021), Arguedas/Vargas Llosa. Dilemas y ensamblajes (2013), La escritura del límite (2010), Crítica impura (2004), Viaje al silencio (1998), entre otros.*

**Por Julieta Marina Vanney**

**Universidad de Buenos Aires, ILH-CONICET**

*Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires y estudiante del Doctorado en Literatura. Es integrante del PICT “Archivos y diagramas de lo viviente” dirigido por Daniel Link con sede en el PELCC-UNTREF. Es becaria doctoral de CONICET, dirigida por Mario Cámara, con sede de trabajo en el Instituto de Literatura Hispanoamericana. Se ha desempeñado como docente de enseñanza media. Fue adscripta de la cátedra de Literatura Inglesa de la UBA con un proyecto sobre la narrativa de Jeannete Winterson. Actualmente se encuentra trabajando en su tesis que tiene por objeto el estudio de la relación entre la experiencia migrante y la literatura latinoamericana (Paloma Vidal, Lina Meruane y Valeria Luiselli).*

Contacto: [julietavanney@gmail.com](mailto:julietavanney@gmail.com)

ORCID: 0000-0002-3712-0941

DOI: 10.5281/zenodo.7474648

**Julieta Vanney:** Estudiaste en Uruguay, tuviste que irte del país por el inicio de la dictadura militar y luego continuaste tus estudios en Caracas, ¿cómo fueron esos primeros años de formación? ¿Creés que esa situación de exilio tuvo algún tipo de impacto en tu pensamiento y la forma de abordar América Latina? ¿Cómo fue que llegaste luego de eso a la academia estadounidense?

**Mabel Moraña:** Primero estudié Literatura en Uruguay, de hecho, y después Filosofía, y llegué a enseñar ambas cosas un tiempo. Pero luego, incluso unos años de la formalización de la dictadura, ya por el año sesenta y ocho, la situación era terriblemente represiva. Dejé el país en el setenta y cinco. Es decir, estuve dentro los años previos a la dictadura y los primeros años de la dictadura formal, que fueron terriblemente duros. Las Universidades estaban militarizadas, con el ejército adentro de algunos de los locales, como la Universidad del Trabajo, donde me desempeñaba. Entonces era una situación realmente insostenible, sobre todo para los que habíamos tenido alguna participación en la cuestión política. Había allanamientos permanentes, en fin. Me fui en el setenta y cinco para Caracas, que fue el único sitio que en ese momento estaba todavía con las fronteras abiertas, porque México estaba completamente saturado de inmigrantes. Hubiera ido a España, pero no me alcanzaba el dinero que pude conseguir vendiendo mi biblioteca. En Caracas estuve tres años en total. Enseguida recibí varias ofertas de Estados Unidos para hacer un Doctorado allí. Yo estaba trabajando en un instituto de investigación, que tuvo una inmensa influencia en mi carrera temprana; fue muy formativo, entre otras cosas porque trabajé con gente muy importante en el campo de los estudios culturales de distintas partes del mundo. En ese periodo, desde el alejamiento de Uruguay, fue fundamental para mí, porque fue realmente un descubrimiento de América Latina. Me di cuenta ahí que Argentina, Uruguay, etc., vivían completamente de espaldas a América Latina, con una mirada puesta en Europa y en los imaginarios de nuestros mayores, que venían o de Italia o de España. Pero el resto de América Latina era considerada como una región que no tenía mucho que ver con esos países europeizados del sur. Yo descubrí otra realidad completamente distinta, no solamente por la estadía en Venezuela, que fue un país enormemente acogedor para muchos argentinos, uruguayos, chilenos, etc., y que merece toda nuestra gratitud por eso, y mecería que

estuviéramos devolviendo los favores que nos hicieron a muchos. Pero, de todas maneras, recibí esas ofertas y al final decidí aceptar. En esos tres años que estuve en Venezuela hice una Maestría en Filosofía. De hecho, yo estudié formalmente más Filosofía que Literatura hasta ese momento. Pasé entonces a la Universidad de Minnesota en Estados Unidos a hacer el Doctorado en Literatura, porque reconocieron mis estudios de Filosofía y revalidaron muchas materias. A partir de ahí, cuando terminé el Doctorado intenté volver a Venezuela, pero ya había empezado la caída lenta del país, la desvalorización de los bolívares, la moneda venezolana, el aumento del dólar. En fin, empezó una debacle económica y política muy temprana todavía, en la que no se podía prever la catástrofe posterior; pero quedaba claro que era muy difícil regresar. Yo tenía dos niñas pequeñas y me había divorciado. Encontré varios trabajos, pero me alcanzaban apenas para pagar una renta. Al final conseguí trabajo en Estados Unidos. Hice un gran periplo académico, trabajé en varias universidades a lo largo de los años. Luego las niñas fueron creciendo y decidí quedarme en los Estados Unidos porque no había realmente muchas alternativas en esa época. Así que sí, para mi carrera fue absolutamente fundamental el haber trabajado desde fuera. Hice varios viajes por América Latina y para mí fue un deslumbramiento increíble: las culturas indígenas, otras grandes ciudades, los pueblos rurales. Realmente ese fue mi gran aprendizaje. Y luego haber trabajado con gente como Nelson Osorio, como Antonio Cornejo Polar, Jean Franco, como tanta gente a la que conocí, con la que interactué ya desde muy temprano en mi carrera. Cuando llegué a Estados Unidos ya tenía relaciones profesionales y una formación adquirida como investigadora. Esos fueron tres años muy intensos. A partir de ahí hice el Doctorado en la Universidad de Minnesota que era que era una universidad de izquierda, en la que había varios profesores chilenos exiliados, y donde se hacía un gran trabajo sobre Ciencias Sociales, a pesar de que la especialización era en Literatura. Entonces ahí también la experiencia interdisciplinaria fue fundamental, como el contacto con otras bibliografías de Antropología, de Ciencias Políticas, de Filosofía.

**Es interesante como tu formación misma se produce en desplazamiento.**

Exactamente. Mío y de los otros. Porque ahí se juntaba toda la gente que se había ido por razones similares.

**Y desde tu perspectiva como mujer, ¿creés que esta experiencia tuvo otro sentido? ¿Cómo evaluás hoy del lugar de la mujer en el ámbito académico? ¿Notás diferencias?**

Sinceramente para mí no significó un factor de retardo ni de discriminación. No te diré que no la hubiera, pero yo estaba tan ocupada en hacer mi propia carrera y en echar hacia adelante que no paré. Cuando me decían que había becas o posiciones para mujeres exclusivamente, no quise acogerme a ese tipo de excepciones, quizás por un prejuicio más del sur. Hice una carrera en base a los méritos y al trabajo intelectual que pude desarrollar. Pero, contrariamente a muchos de mis colegas, era una mujer con dos hijos, que además hablaba inglés bastante mal, si bien lo hablaba, lo había estudiado durante muchos años. Eran todas diferencias que me colocaban en un sitio singular con respecto a otros colegas; pero nunca sentí que fuera algo que me perjudicaba. Traté, más bien, de sentir que era mi perfil personal, le daba interés a lo que tenía para decir en el sentido de que conocía de primera mano América Latina, aunque todavía era muy joven. Creo que fueron aspectos particulares que terminaron jugando a mi favor. El medio era como en todas partes, machista y discriminatorio con respecto a cuestiones de raza y de género. Si lo reflexiono, se me ocurren algunos episodios, pero no considero que me hayan marcado de una manera traumatizante.

Yo trabajaba mucho. Siempre tuve mucha producción intelectual y creo que eso también hacía que cualquier intento de exclusión o de discriminación se hiciera un poco más difícil, porque ahí estaban los libros, ahí estaba el trabajo. Yo apostaba a esa cuestión. Pero no te diré que haber hecho toda una carrera con niños pequeños no fue una cosa que mis colegas no tenían que llevar adelante porque en su casa estaban las mujeres cuidando a los hijos y haciendo la comida. Pero aprendí, por otro lado, a hacer muchas cosas al mismo tiempo. Escribí muchos trabajos con una sola mano con mi hija menor enferma, en mi falda. No fue fácil en ningún sentido, sobre todo porque no teníamos ninguna base material. Entonces eso implicaba que tenía que redoblar el trabajo, daba clases por aquí y por allá. Para las niñas también eso fue bastante estresante. Pero salimos adelante, y todo eso queda como parte del proceso.

**¿Qué lectura o experiencia de esa época fue importante para tu formación o perfil crítico?**

La lectura de libros que no tenían que ver con la Literatura, sobre todo mientras estudiaba el Doctorado. El discurso de la crítica literaria me parecía,

y nos parecía en general, un discurso flojo, donde la argumentación tendía a ser a veces demasiado subjetivista. Me acuerdo que en los cursos de Filosofía siempre se usaban los artículos de crítica literaria para probar las falacias del pensamiento cuando está mal construido desde el punto de vista de las premisas y las conclusiones. En mis estudios doctorales, el contacto con la gente que trabajaba Ciencias Políticas fue muy importante para mí. Por ejemplo, las visitas de Guillermo O'Donnell a la universidad. El contacto con esa otra perspectiva sobre la cuestión del discurso que después traspasábamos, con muchas mediaciones, al análisis de la Literatura. Como ahí había una orientación de izquierda muy marcada trabajábamos mucho sobre el discurso político y eso me entrenó en lo que creo que es la línea más constante en mi carrera –si bien se encuentra muy diversificada temáticamente hoy en día– que es el estudio de la ideología. Fue una cosa que fui tratando de refinar y de trabajar con materiales de las Ciencias Políticas, de la Sociología y de la Filosofía Política a lo largo de la carrera. Eso creo que fue importante porque era un tipo de formación que los colegas en Estudios Literarios no tenían. Algunos sí, pero la mayoría no. No era el tipo de cosas que leían. El análisis del texto era mucho más impresionista y más apegado a la textualidad. Yo aprendí a trabajar la cultura como textualidad o como textura simbólica y eso fue un gran descubrimiento para mí. A través de muchas lecturas y muchos ensayos, intentos y consultas. Ese aspecto conceptual, filosófico, que hay detrás de la representación estética o simbólica, fue el camino por el que fui. Porque además me permitía articular bien mis intereses en Filosofía y en Literatura. Entonces de ahí sale, por ejemplo, un libro de publicación reciente como *El monstruo como máquina de guerra* (2017), donde está presente Deleuze y el canon de la monstruosidad, pero también la problemática antropológica y filosófica, entre otras. Viene de esa posibilidad de articular discursos y perspectivas teóricas.

**Trabajas Latinoamérica desde Estados Unidos hace muchos años, aunque también has estudiado y vivido en Latinoamérica ¿percibís, a lo largo de los años, alguna diferencia en el trabajo con los estudios culturales latinoamericanos de un lado u otro de la frontera? ¿Creés que es posible hablar en este caso de un discurso académico transnacional?**

Sí, lo percibo porque son muchas décadas trabajando de un lado y otro. Aparte yo hice un punto de mi carrera en cuanto a la articulación del pensamiento creado y construido en América Latina y en el exterior. Organicé muchos congresos internacionales. Por suerte conseguí, donde quiera que estuviera, muchos fondos y he invitado más de cien colaboradores

en distintos congresos, de Inglaterra, de Grecia, y de América Latina, para poner junto, en un mismo debate, distintas perspectivas y también distintos lugares de enunciación, es decir, un pensamiento creado bajo distintas condiciones económicas e institucionales. Porque todas esas cuestiones producen una gran diferencia en la elaboración del pensamiento y en las fuentes que manejamos. Yo trabajé en América Latina y sé lo que es trabajar sin bibliotecas, con un solo libro, donde hay diez personas alrededor tratando de leerlo al mismo tiempo, cuando no había fotocopiadoras. Todo eso afecta, por eso ha sido muy interesante juntar el pensamiento elaborado en distintos sitios. Sí, he notado a lo largo de las décadas un cambio. Al comienzo hubo una gran resistencia en América Latina hacia los Estudios Culturales. Demoró bastante en absorberse esa otra posibilidad de ver la Literatura descentrada; es decir, ya no en el centro de la atención cultural, sino como una forma o un registro más de la cultura. El advenimiento o el florecimiento de los Estudios Audiovisuales, la cuestión digital, todo eso fue evidentemente descentralizando el texto literario como tal y combinándolo con otros registros. Eso, al comienzo, era difícil de canalizar en América Latina con la adhesión un poco restrictiva que había al discurso crítico-literario como tal. Había mucha gente que se sentía amenazada por esta cuestión no inter, sino transdisciplinaria. Creo que actualmente en América Latina hay lugares en los que se hacen Doctorados mucho mejores que en los Estados Unidos. Por ejemplo, cuando recibimos estudiantes mexicanos, colombianos, yo me pregunto muchas veces por qué vendrán a Estados Unidos a hacer el Doctorado si lo que está haciendo la UNAM, lo que está haciendo la Universidad de los Andes, o incluso en la Argentina es, en algunos aspectos, mucho más sólido. Al mismo tiempo, dentro de los Estados Unidos, la cuestión de los Estudios Culturales se ha estancado un poco, en el sentido en el que parece haber dado mucho de sí y hoy en día hay otros discursos que han tomado la delantera; por ejemplo, todo lo que tiene que ver con las culturas digitales, con las humanidades digitales, con la cuestión del género, que no necesariamente tiene que apelar a los Estudios Culturales, sino que tiene su propio carril. Sin embargo, creo que los Estudios Culturales han efectuado cambios que van a quedar para siempre, que han transformado los Estudios Literarios en otra cosa. Me parece que eso no tiene vuelta atrás. Pero a partir de ahí hay que seguir porque hay muchas cosas que los Estudios Culturales no han hecho, o que no han podido hacer. El desmontaje, por ejemplo, del neoliberalismo. Desde los Estudios Culturales se ha hecho menos de lo que debió haberse hecho. Y se presenta como una especie de registro que ya no puede ser cambiado, como una cosa que es necesaria, que hay que aceptar; pero todavía hay mucho para hacer respecto de la sociedad de consumo. Varios de esos aspectos se han avanzado en el sentido descriptivo, aunque no en el desmontaje de esas cuestiones. De todas

maneras, hay una gran apertura hacia la Filosofía. Sobre todo, lo que está haciendo la Filosofía europea (y por europea me estoy refiriendo a la filosofía francesa, la italiana) es muy rico y tiene tremenda cantidad de aplicación. Yo trabajo mucho con biopolítica, con necropolítica, y eso da categorías completamente distintas para abordar la cuestión cultural y la cuestión literaria también. Eso viene de la Filosofía, de una reflexión sobre el ser. Pensamos que eso era una reflexión metafísica a la que ya no se iba a volver y sin embargo aquí está. También es herencia del postmarxismo. Se trata de una problematización de categorías muy importante del lado de la filosofía que buena parte de la crítica literaria está interiorizando. Al escribir el libro *El monstruo como máquina de guerra* consulté muchísima bibliografía que me ha dejado con la boca abierta. Hay estudios tan sofisticados, tan pormenorizados, tan creativos desde el punto de vista de la crítica que, sinceramente, el discurso crítico-literario *per sé* se queda atrás. Hoy en día está en una retaguardia con respecto a lo que se está haciendo en otros campos. Incluso en el del género, que se ha liberado de ciertas cuestiones dualistas, y ahora al pasar del feminismo a la cuestión del género, se han descubierto una serie de campos conectados, de categorías que hay que revisar. Hay mucha y muy fina elaboración teórica. Eso a veces ha tardado en absorberse en América Latina. También por el hecho de que las obras aparecen tarde y mal traducidas, muchos años después, lo que retarda un poco la absorción de teorías culturales. Percibo cambios, pero también ciertos estancamientos en América Latina, que tienen que ver con el modo en que está estructurada la academia, con el hecho de que los profesores tienen mucha obligación pedagógica y administrativa. Con el hecho de que hay sistemas de investigación que tienen sus regulaciones y hay que moverse dentro de ciertos parámetros. Aunque no se cree que es así, en Estados Unidos el sistema académico, la parte intelectual, es muy libre. Como hay tanto público (hay miles de universidades, miles de estudiantes, una gran diversidad de temas, de niveles), lo que produces circula de otro modo, y nadie está diciéndote qué rumbos tienes que seguir. Eso no quiere decir que la academia norteamericana esté pasando un buen momento, sino todo lo contrario, pero la parte intelectual es a lo que me estoy refiriendo. Una vez que tienes un puesto, desde ahí haces lo que quieres. A mí eso me parece fascinante en el sentido de que nadie te dice que fuiste contratado para tal cosa y debes dar siempre tales cursos. Ahí te reinventas cada vez que quieres. También hay mucha facilidad para viajar y para traer gente. Yo he traído mucha gente a Estados Unidos para escucharlos, para conectarlos, para crear una comunidad con cierta orientación progresista. Eso también es una cuestión de medios. En los países latinoamericanos no se puede hacer mucho. Se está haciendo más que antes, pero es muy difícil. Y todavía las situaciones a nivel nacional son difíciles. Mis viajes a Colombia me cambiaron la mente. Yo iba

desde los tiempos malos, con un tremendo nivel de militarización, y conocer un poco ese país era como un viaje al futuro, impensable, las formas de vida, la intromisión de la cuestión militar en la vida cotidiana. Aprendí mucho, y sobre todo me ha hecho pensar mucho. También trabajé mucho en México, en Ecuador, en Perú. He escrito bastante sobre Perú. Todo eso no lo podría haber desarrollado desde Uruguay. Sinceramente, no existían los medios, no existía siquiera la visión de que América Latina era eso y nos correspondía. Yo tengo, en ese sentido, una carrera muy diversificada por ese interés y curiosidad tan grande sobre distintos aspectos de América Latina.

**A lo largo de los años has abordado en tus trabajos numerosas problemáticas: la poscolonialidad, la subjetividad, la biopolítica, el cuerpo, entre otras, y ahora, tu más reciente libro se centra en la migración, ¿te parece que es posible establecer un pasaje, una continuidad, entre estas líneas de trabajo? ¿De qué manera te parece que se vinculan con tu interés actual en la migración?**

Como explico en *Líneas de fuga: ciudadanía, frontera y sujeto migrante* (2021), el tema de la migración apareció como una cuestión urgente, de emergencia. Yo había realizado un congreso muy importante en la universidad donde trabajo sobre la cuestión migratoria.

**También se editó un libro sobre eso, ¿no?**

Sí, se llama *Liquid borders: Migration as Resistance* (2021). Allí decidí trabajar el tema a nivel no puramente latinoamericano, sino a nivel global, porque evidentemente la migración es un fenómeno que tiene que ver con la globalización y con la movilización de poblaciones a lo largo del planeta. Hay una línea para mí directa, pero entiendo que para el lector pueda estar más o menos oculta, entre el libro sobre monstruos que había escrito antes, el libro sobre migración y el libro sobre el cuerpo, –que salió más o menos al mismo tiempo que el de migración– y es la cuestión justamente de la corporalidad, del sujeto físico, de la materialidad carnal, por decirlo así, del sujeto, tanto a nivel individual como a nivel colectivo. Es impresionante, como menciono al comienzo del libro, cuando uno viaja, por ejemplo, por Europa, ver el cambio que se ha producido en el paisaje humano, en esos países. No es solo la hibridación étnica y racial, son también las formas de vida. Hay una presencia del otro que no era habitual en Europa, donde sí había ciudades cosmopolitas, pero no con esa integración cotidiana de una otredad también en otros niveles de clase, de raza y de género. Hay una especie de intervención

que se va produciendo en Europa en lo que fue el concepto civilizatorio europeo y lo que es el mundo globalizado. Estuve en Europa, y en Alemania particularmente, en momentos muy próximos posteriores a la caída del muro, y me recuerdo siempre en Alexanderplatz, en el área de contacto entre el este y el oeste, cuando ya el muro estaba derribado, estar horas sentada viendo pasar miles y miles de personas del este, con sus atuendos y sus creencias, con una cantidad enorme de billetes que ya habían perdido valor pero que querían cambiar por cosas para sobrevivir. Un mundo que empezó a revolverse de esa manera. Lo que más me intrigó fue el modo en que ese fenómeno social, pero también político y económico, ha desestabilizado categorías fundamentales de la modernidad. Por ejemplo, el concepto de ciudadanía que está obsoleto completamente, y hay que estar en esos panoramas para darse cuenta. Antes hablábamos de los derechos humanos y del ciudadano como si fueran la misma cosa. Ahora los derechos del hombre, que llega a la frontera muerto de hambre esperando pasar, y los derechos del ciudadano son opuestos. El ciudadano echa al hombre fuera de su territorio. O sea, hay una oposición entre el estatuto legal de la ciudadanía y el estatuto humano. Ahí se inscriben los biopolíticos para explicar cómo la política termina atacando el mantenimiento de la vida. Todo esto tiene lugar a una escala tremenda, que ha convertido, como trabajo en mi libro, al Mediterráneo en un cementerio marino propiamente, como lo fue en su momento y de alguna manera lo sigue siendo el Caribe para la gente de las islas que intenta llegar al continente. Entonces, hay a nivel mundial una movilización transnacional terriblemente masiva, pero también en el interior de las naciones y de las regiones –por ejemplo, en el África– por razones de violencia política, o por razones ecológicas, en busca de un territorio donde se pueda cultivar, donde se pueda encontrar agua, donde se puedan tener animales, etc. La migración está entretejida con los grandes problemas de nuestro tiempo. Tanto la problemática de la migración como la ecológica constituyen núcleos problemáticos que sin duda se van a mantener firmes durante todo el siglo XXI. Todo lo demás puede variar, subir o bajar, pero si pones tu interés ahí estás en un campo seguro porque evidentemente eso está aquí para quedarse. En mi época había una romantización del viaje, como si todos fuéramos turistas. Ahora, al pensar en la migración, no hay alusión a ningún tipo de turismo, es la búsqueda desesperada de un lugar donde los hijos se puedan mantener y se pueda comer todos los días. Con la categoría de identidad sucede lo mismo: ¿a dónde pertenece una persona que deja su territorio, aprende otra lengua y cambia de lugar? Al final, pertenece a todas partes y a ninguna. O la categoría de “nación” que se encuentra terriblemente desgastada ya desde la época de los exilios políticos. Lo que quiero decir es que hay que repensar categorías que antes se presentaban como fijas y claras. Una generación o dos atrás, uno nacía y vivía en un mismo sitio y todo el

mundo sabía quién eras y, si eras mujer, sabías cuáles eran tus opciones. Hoy en día todo está revuelto para bien y para mal. También me interesa el tema de frontera, la definición de qué es la frontera como zona de contacto, pero también como lugar represivo de las identidades y como zona de performance donde se teatraliza. Es decir, todos llegamos a una frontera, yo que pasé tantas clandestinamente en determinados momentos, y allí tu eres otro, quieres ser otro y quieres ser visto como otro. Una persona que viene de Guatemala y pasa a Estados Unidos quiere ser vista como otra cosa, y si la ayuda un poco la apariencia y no se ve completamente como centroamericano por su fenotipo también trata de no hablar mucho para que no se note el acento y de parecer que tiene más dinero del que tiene. Quiero decir: hay una teatralización de las identidades a la que nos obliga la necesidad de sobrevivir en un mundo que es en general de otros. Esa experiencia del mundo de otros, de la desterritorialización, es muy importante en la cuestión migratoria. El tema de la frontera entre Estados Unidos y México, el tema de la transmigración, de los que salen, por ejemplo, de El Salvador y empiezan a cruzar países, no para quedarse sino para llegar de pronto a pie hasta las líneas divisorias con Estados Unidos. Son situaciones de miseria, en las que las personas pasan por abusos increíbles. Hay gente que vende riñones para poder pasar, hay gente que se prostituye. Entonces la cuestión del cuerpo es ahí un elemento fundamental. ¿Qué se hace con esa materialidad? Que por un lado se tiene que preservar, pero que por otro lado se puede utilizar a favor de tu vida. Es un tema dramático, terrible, el hecho de que en Centroamérica se colocan en los trenes niños solos, la familia los despide y se van al norte a ver qué suerte les toca. Y pasa todo: niños a los que les roban los órganos, a los que se los vende, se los prostituye. Todo eso gira en torno a la vulnerabilidad de lo humano y a la tremenda resistencia de lo humano al mismo tiempo. La migración articula toda esa cuestión. Porque yo traté también exilios y traté destierros. Y traté este gran tema que vi en acción en Colombia, los desplazamientos dentro de una misma nación: la gente pierde sus tierras porque las ocupó el narcotráfico o los militares, son exiliados en su propio país y pasan a ubicarse en los cinturones exteriores de las grandes ciudades (de Bogotá principalmente pero también de otras) porque supuestamente ahí van a encontrar trabajo, oportunidades, servicios de hospital. Pero en su propio país ya no son ciudadanos de nada, han caído en una especie de vacío legal. Es tremendo el tema y la cantidad de derivaciones, las diferencias entre los que buscan asilo político, los que están desterrados, los que están deportados. Los campos de deportación hacen que parezca que estamos en la época de los campos de concentración de los judíos. Hay una proliferación de necropolítica a nivel global. Es por eso que afirmo que el cuerpo articula estos temas. Tengo en mi cabeza los hilos esas reflexiones, que a lo mejor a una persona que observa el corpus de trabajo le parece una

cosa tremendamente heterogénea, pero tiene sus líneas de sentido, sus lógicas.

**Hay un artículo de Cornejo Polar sobre la migración andina donde distingue entre dos posiciones para pensar la migración: una celebratoria en algún punto, que entiende la migración, como vos decías, como un tipo de turismo, y otra que hace referencia a un sujeto múltiplemente situado que, lejos de ser vista como un beneficio, resulta una posición dramática.**

Yo hablé con Antonio mil veces sobre este tema. En los Estados Unidos, por ejemplo, hay gente que no gana otra identidad, sino que pierde la que tenía, entonces pierde dos veces. Por ejemplo, las personas que tienen un nivel de educación bajo, cuando se exponen a otra lengua, en la necesidad de integrarse, pierden el español y empiezan a usar un inglés mezclado, como pueden. Al final nunca hablan bien el inglés, pero perdieron el castellano. Entonces esa romantización de la multiculturalidad, del cosmopolitismo – Uruguay y Argentina siempre idealizaron el cosmopolitismo, ser europeos, pensar como europeos– se cae cuando todo eso nos vuelve a traer la dura realidad de los cuerpos que necesitan sobrevivir. En el interín, los mitos van cayendo porque hay dramas humanos detrás de toda esa cuestión. Es bien interesante en Estados Unidos cuando aparecen chicos de segunda generación, o de primera generación en la universidad, cuyos padres son latinoamericanos, tu les enseñas español y usan palabras como “lonche” o “la troca” para referirse al “lunch” o “al camión”, y cuando les dices que no se dice así, el chico responde que es así como lo dicen sus papás. Entonces debes darte cuenta de que la lengua es una cosa social, que va cambiando, y tiene connotaciones emocionales y psicológicas importantes. La idea del error lingüístico ya no se maneja más en ese sentido. Si así se dice, así es, porque no se puede alienar a la persona de la lengua materna. Todo eso forma parte de estos desplazamientos, a partir de los cuales se van transmitiendo a veces traumas emocionales. El que ha migrado vive en una constante sensación de pérdida. No importa cuánto haya ganado, igual ha perdido. La cuestión migratoria no se dirime entonces en que hayas ganado o conquistado tales o cuales cosas, y por lo tanto lo que has perdido deja de tener importancia. No es así. Es una combinación de suma y resta donde cada uno tiene su propio saldo. Depende cómo has ido organizando en tu cabeza las cuestiones por las cuales te fuiste. A veces alguien se va simplemente a probar suerte, a veces por un drama personal. En esta dirección, trabajé también con la idea del retorno, cuándo se regresa y a qué se regresa. Hay gente que ha regresado y se ha arrepentido horriblemente porque no ha encontrado lo que había

dejado porque ya no existe. Ha encontrado otra cosa y de pronto no es bienvenido. Recuerdo que todavía en épocas de la dictadura yo podía regresar a Uruguay con cierta frecuencia y todos al principio te reciben muy bien, pero con ciertos reparos hasta que se aseguran de que no volviste para quedarte y quizá les vas a quitar el trabajo. Porque evidentemente el que se quedó tiene derecho sobre lo que ha conseguido bajo esas condiciones y tú eres una amenaza también. Las cosas del ir y venir tienen muchas aristas y han complicado las cosas en general en los países de América Latina. Son situaciones complejas y cargadas de emocionalidad. Todo lo que tiene que ver con migración es tremendamente emocional.

**Como si el estado de nomadismo, el estatuto de sujeto migrante, es algo que se adquiere y luego no se pierde.**

No tiene vuelta atrás, porque una vez que te fuiste ya no importa que vuelvas. En la literatura aparece toda esa cuestión, la ida y la vuelta. Es esa identidad múltiplemente situada que tú mencionabas antes, que no viene sin angustia. En todo eso hay una carga.

**En tu último libro, referís a la migración como agenciamiento colectivo en busca de nuevas formas de territorialidad y de sustento para el desarrollo digno de la vida. Hay un artículo de Mary Louis Pratt, “Los que se quedan: cuerpos, identidades, espacios” (2018), donde ella trabaja el caso de los mixtecos, uno de los más grandes y antiguos grupos indígenas de la región de Oaxaca, que reclaman el derecho a no migrar como un derecho humano ¿qué pensás, en el contexto de migraciones actual, de esta postura?**

No hay postura equivocada en cuanto a esto. Cada uno siente el territorio de la misma manera en que siente la identidad. Ahora se ha puesto tan de moda que todo el mundo esté en otra parte que parece que la gente que no migra se ha quedado atrás o es terriblemente conservadora por su sedentarismo. Y no, cada persona tiene derecho a decidir el lugar donde quiera o pueda quedarse. Sinceramente, la mayor parte de la gente que ha emigrado se hubiera quedado de haber podido hacerlo. La primera pulsión es quedarte donde naciste. Luego se puede explorar, se puede ir y venir. La mayor parte de las decisiones de migrar han sido por razones de necesidad, por violencia política, por falta de recursos, por sentirse en peligro, a veces incluso por razones sexuales. Cada uno tiene sus razones, y las mismas, válidas, son las de aquel que decide quedarse. La idea es que cada uno, en la medida de lo

que pueda, decida su vida, sin una norma que se le imponga. Cada uno sabe lo que es bueno para sí mismo. Cuando una está afuera, mil veces ve gente que no puede adaptarse. Esa cuestión es muy importante sobre todo para las poblaciones indígenas que siempre se han visto obligadas a irse porque les quitan las tierras, por la cuestión extractivista, por cuestiones de guerra contra el Estado. Si en algún momento quieren conquistar y sostener el territorio que tienen están en su derecho, así como lo están de irse. Son elecciones personales, pero a veces son elecciones comunitarias. Lo mismo vale para las comunidades que están ubicadas cerca de la frontera de gente que sale en masa y en masa regresa. Yo viví muchos años en California y veía levantarse todas las restricciones de migración cuando venía la época de levantar la cosecha –cosa que los norteamericanos no quieren hacer– y todos los centroamericanos pasaban por eso y después los echaban, cerraban la frontera, les quitaban los papeles de residencia y el estatuto volvía a su forma anterior. Son distintas fórmulas y todas tienen que ver con la supervivencia y con el cuidado del cuerpo, personal y familiar. Es una cuestión que tiene que ver con el impulso primario de sobrevivir. Cada comunidad, en cada momento y cada persona tiene sus propias motivaciones. Entonces es un tema tremendamente complicado. Yo estaba presentando, en meses pasados, *Líneas de fuga* en Europa, en varios países, y siempre decía, cuando empezaba a presentarlo, que el libro ya había quedado obsoleto al salir de imprenta porque no pudo, por ejemplo, contemplar la cuestión de Ucrania. Están saliendo de Ucrania millones y millones de personas, que incluso empezaron a salir cuando estaba en su momento más álgido la cuestión de la pandemia. La consecuencia de toda esa cuestión recién se va a empezar a ver. Eso demuestra la vigencia del tema, que constantemente se está renovando y, al mismo tiempo, cómo queda obsoleto enseguida cualquier aporte porque, con tanto cambio en el mundo, no puede contemplarse en una sola obra todo lo que está pasando. La cuestión ucraniana demostró otras cosas, por ejemplo, como por la cuestión de la propaganda, los medios de comunicación, los ucranianos empezaron a ser muy bien recibidos en todos los países a los que llegaban porque había una corriente de opinión. Eso iba en desmedro de los pobres africanos que de pronto habían llegado antes a la frontera, pero todos los ucranianos pasaban primero. Los europeos, no todos, comentaban que al menos los ucranianos son blancos, tienen ojos claros, es más fácil recibirlos: es racismo. Todos los regímenes de orden de llegada en la frontera quedaron suspendidos, los ucranianos pasaban por delante, porque había una corriente de opinión que sostenía que ellos eran gente civilizada. Entonces se ve cómo el racismo está también interfiriendo en la cuestión migratoria de mil maneras. En *Liquid Borders*, y algún otro libro que publiqué sobre la cuestión migratoria, también se trata el tema de la discriminación sexual; homosexuales, travestis o trans son rechazados en determinadas fronteras

porque se los acusa de traer enfermedades. Esta manipulación de lo corporal, esta utilización de los criterios sobre el cuerpo y cómo se ejercen es muy interesante; y demuestra también que hay una enorme cantidad de leyes terribles, restrictivas y discriminatorias. Muchas de estas leyes migratorias fueron hechas hace décadas y el mundo ha cambiado mucho desde entonces. El sistema legal no refleja esas cosas todavía. En este congreso tan grande que organicé, el que te comentaba antes, me llamaron mucho la atención las intervenciones de los griegos, los italianos, con el pensamiento de la biopolítica, y también la gente que trabaja en migración. Muchas de las personas que invité eran también activistas. Sandro Mezzadra, por ejemplo, que ha estado en la Argentina trabajando, contaba que, a través de fondos gubernamentales que lograron conseguir, habían alquilado barcos y habían salido al Mediterráneo a rescatar gente de las barquitas de los africanos que se tiran al mar a ver qué suerte corren. Y lograron levantar a una enorme cantidad de gente antes de que naufragaran. Entonces esa cuestión del intelectual con el activismo también es un aspecto muy importante, que no se está viendo mucho y de la que no se sabe tanto. Cuando entras en el tema te das cuenta de que, en este caso, la cuestión intelectual tiene consecuencias prácticas directas sobre el mantenimiento de la vida. Ahí ves que, si para algo sirve lo que hacemos, es para crear conciencia, para de alguna manera poner sobre el tapete temas que no son discusiones bizantinas sobre cómo interpretamos esto o lo otro, sino que a veces se arraigan en la realidad misma.